

—¡Adiós! No me acompañéis; ya estoy bastante comprometido—dijo Rouletabille riendo. —¡Hasta pronto, y buena suerte! ¡Procurad encontrar en su casa al presidente de la Duma!—añadió jocosamente Kuprian, lanzando una carcajada. Pero Rouletabille ya había desaparecido. —¡Ese muchacho— dijo en voz alta el jefe de la policía—no me ha dicho ni la mitad de lo que sabe!

**A** HORA nosotros dos, Natacha!—murmuró Rouletabille una vez que estuvo fuera. Llamó al primer *is-votchk* que pasaba, y le dió la dirección de la quinta de las Islas. En el camino se oprimía la cabeza con las manos. Su frente ardía, sus mejillas echaban fuego. Gracias a un esfuerzo prodigioso de su voluntad, casi instantáneamente logró calmarse y dominarse. Volviendo a cruzar el Neva por el puente que con tanto gozo había franqueado algunos momentos antes, al divisar de nuevo las Islas lanzó un suspiro y exclamó:

—¡Creí que todo había concluído para mí hace un momento, y *ahora no sé adónde iré a parar!*

Un instante turbó su mirada un pensamiento sombrío: la imagen de la *dama negra* se erguía delante de él... Sacudió la cabeza, llenó la pipa, la encendió, enjugó una lágrima que sin duda provocó una ráfaga de humo que le había entrado en los ojos, y cesó de apiadarse de sí mismo. Un cuarto de hora después, al uso boyardo, daba un buen puñetazo en la espalda del cochero para indicarle que se detuviera delante de la quinta de Trebassof. Un cuadro seductor se ofrecía a sus ojos. Toda la compañía almorzaba alegremente en el jardín, alrededor de la mesa del kiosco. Pero le sorprendió no ver a Natacha. Boris Mourazoff y Miguel Korsakof estaban presentes. Rouletabille no que-

ría ser notado: hizo un signo a Ermolai, que pasaba por el jardín, y que inmediatamente se acercó a la verja.

—Llamad a la barinia—le ordenó en voz baja el repórter, y poniéndose un dedo sobre los labios, recomendaba discreción al fiel intendente.

Dos minutos después Matrena Petrovna se reunía con él en la portería.

—¿Dónde está Natacha?—preguntó apresuradamente a la Generala, que le besaba las manos como si fuera un ídolo.

—Ha salido; sí, ha salido. ¡Ah! No he querido detenerla. Su semblante me daba miedo. ¡Ángel mío, qué impaciente estás! ¿Qué tienes? ¿Qué ocurre? ¿Qué has decidido? ¡Manda! ¡Soy tu esclava!

—Dadme las llaves de la quinta. Sí; dadme una llave de la galería, pues debéis de tener varias. Es preciso que, si fuera necesario, pueda yo entrar esta noche en la quinta.

La dama separó una llave de su llavero, y se la entregó al joven; luego dijo en ruso algunas palabras a Ermolai para ordenarle de nuevo que obedeciese en todo al pequeño *domovoi*, día y noche.

—Decidme ahora dónde está Natacha.

—Los padres de Boris han venido a vernos hace poco para pedir noticias del General, y se han llevado consigo a Natacha, como muy a menudo hacían en otros tiempos. Natacha en seguida se manifestó dispuesta a acompañarlos. Pequeño *domovoi*, oye bien, oye bien a Matrena Petrovna: hubiérase dicho que los esperaba.

—Entonces, ¿ha ido a almorzar a su casa?

—Sin duda; a menos que estén en el restaurant. No se sabe. El padre de Boris gusta mucho de llevar a la familia a almorzar a la Barca cuando hace buen tiempo. ¡Cálmate, pequeño *domovoi*! ¿Qué te pasa? ¿Hay malas nuevas?

—¡No, no! Todo va bien. Dadme pronto las señas de la familia de Boris.

—Vive en la casa que hace esquina a la plaza de San Isaac y a la calle del Correo.

—¡Gracias! ¡Adiós!

Se hizo llevar a la plaza de San Isaac. De paso recogió en su *isvo* al intérprete del Hotel de la Gran Morskaia, que podía serle muy útil. En efecto; por intermedio de él supo que los Mourazoff y Natacha Trevasoff debían de haber tomado el tren para ir a almorzar a Pergalowo, una de las primeras estaciones de Finlandia.

—¡Nada menos que eso!—dijo, y añadió aparte:—  
¡Acaso no sea verdad!

Pagó al cochero y al intérprete, y se fué a almorzar allá al lado, a la Cervecería de Viena. Media hora después salió bastante tranquilo. Tomó lentamente el camino de la Gran Morskaia, entró en el hotel, y se dirigió al *schwitzer*.

—¿Podéis darme—le preguntó—las señas de Mlle. Annouchka?

—¿La cantante de Krestowsky?

—La misma.

—Ha almorzado aquí, y acaba de salir con el Príncipe. Sin que el Príncipe despertara en él curiosidad alguna, Rouletabille maldijo su mala suerte, y volvió a pedir las señas de la artista.

—Vive en uno de los cuartos amueblados de allí enfrente.

Consolado Rouletabille, atravesó la calle, seguido de uno de los intérpretes del hotel, que quiso llevar consigo. En la casa de enfrente le dijeron en el primer piso que Mlle. Annouchka estaba ausente, y que no regresaría en todo el día. Volvió a bajar, siempre seguido del intérprete, y recordando haber oído que en Rusia nunca hay que

arrepentirse de haber sido generoso, dió cinco rublos a su acompañante, y le pidió algunos detalles sobre la vida que hacía en San Petersburgo Mlle. Annouchka. El otro le respondió al oído:

—Ha llegado hace ocho días; pero nunca pasa la noche en su cuarto.

Y añadió, señalando la casa de donde salían:

—Diríjase a la policía.

—¡Sí, sí!—dijo Rouletabille.—¡Perfectamente! ¡Comprendido! Pero ¿no canta esta noche?

—Caballero, será un magnífico debut.

—¡Sí, sí! ¡Ya sé! ¡Gracias!

Todos los contratiempos con que tropezaba aquel día, lejos de abatirle, le hacían más bien reflexionar. Con las manos en los bolsillos volvió silbando a la plaza de San Isaac, dió la vuelta a la iglesia espiando la casa de la esquina, penetró en el monumento, le examinó con mucha minuciosidad, salió de él maravillado, entró otra vez en casa de los Mourazoff, que no habían vuelto de Finlandia, y luego fué a encerrarse en su cuarto del hotel, donde fumó diez pipas. Salió de la nube de humo que había formado, para ir a comer, y a las diez de la noche bajaba del *isvo* delante de Krestowsky. Ya había muchos carruajes a la puerta. El establecimiento de Krestowsky, como el del Aquarium, no es un teatro, ni un *music-hall*, ni un café concierto, ni una feria, ni un restaurant, ni un jardín público: es todo eso a la vez, y en gran escala. Teatro de verano, teatro de invierno, escenario al aire libre, salas de espectáculos, montañas rusas, ejercicios variados, diversiones de todo género, paseos floridos, cafés, restaurants, gabinetes particulares: allí se había reunido todo lo que puede divertir, encantar y arrastrar a las más locas orgías, y hacer esperar la aurora con paciencia a los desdichados

que no pueden gozar del sueño hasta las tres o las cuatro de la mañana. Las más célebres compañías del Viejo y del Nuevo Mundo producen allí un entusiasmo diariamente renovado por el buen tino de los empresarios. Las bailarinas nacionales y exóticas, pero sobre todo las cantantes francesas, las gomosas de cafés-conciertos, con tal que sean jóvenes y lindas y estén lujosamente ataviadas, pueden encontrar allí una fortuna. A falta de ella, están seguras de ganar todas las noches veinticinco rublos, y aun más, generosamente ofrecidos por cualquier boyardo, y a menudo por algún oficial que así paga el único placer de sentarse a la mesa con una hermosa muchacha nacida a orillas del Sena. Porque después de su turno de canto estas damas tienen que pasear su gracia y sus sonrisas por el jardín o alrededor de las mesas donde saltan los corchos del champagne. Las grandes *divettes*, naturalmente, no están obligadas a esta penosa deambulación, y pueden ir a acostarse si tienen jaqueca. Sin embargo, la Dirección les queda muy reconocida si aceptan la leal invitación de cualquier caballero del Ejército, de la Administración o de la Banca que solicite el honor de que la *divette* cante en un gabinete particular delante de algunos amigos nada melancólicos las coplas de los bohemios del viejo *Derevna*. Allí se canta, se ríe, se habla de París, y, sobre todo, se bebe. Si la fiesta concluye alguna vez un poco brutalmente, el champagne amigo y aliado es el que tiene la culpa; pero en general la orgía tiene tal carácter de formalidad, que, aunque seguramente las Sociedades de templanza tendrían mucho que hacer allí, al senador M. Beranger no le parecería muy de su gusto.

Una guerra no extinguida todavía, una revolución que no había cesado de rugir en la época a que se refiere este relato, no atenuaban ni poco ni mucho la alegría nocturna

de Krestowsky. Muchos jóvenes que aquella noche paseaban su uniforme y su *nichevó* por las avenidas del jardín público resplandeciente de luz, o rodeaban las mesas del restaurant emplazadas al aire libre, o bebían *votka* en el *buffet* de los *zakouskis*, o aplaudían los volatines de las *gomosas*, habían ido allí a pasar la velada que había de preceder a su salida para la guerra, y acogían con la misma sonrisa infantil y satisfecha las mismas palabras de fútil jovialidad de siempre, y distribuían los mismos besos fraternales en la boca de los camaradas que se cruzaban con ellos. Y sin embargo, unos llevaban colgando una manga sin brazo, y otros se apoyaban al andar en una muleta o en una pierna de palo. ¡Gloriosos restos de Marte! ¡*Nichevó!*

Aquella noche la multitud era más compacta que de ordinario, porque volvían a oír por primera vez a Annouchka después de las sombrías jornadas de Moscovia. Los estudiantes querían hacerle una ovación, y nadie se opondría a ello, porque, en suma, si cantaba, era porque la policía lo había permitido. Si el Gobierno del Czar le había perdonado la vida, no sería para que se muriera de hambre. Cada uno se gana la vida como puede. Annouchka no sabía más que cantar y bailar. ¡Pues que cantase y bailase!

Cuando Rouletabille entró en los jardines de Krestowsky, Annouchka empezaba su número, que concluía con una *roussalka* desenfundada. Rodeada por un coro de bailarinas y bailarines rusos ataviados con trajes nacionales y calzados de rojo, que tocaban el tamboril con los talones y después se inmovilizaban repentinamente para que se oyera la voz de la joven, de registro poco ordinario, Annouchka había concentrado toda la atención del inmenso público. Todos los demás establecimientos habían quedado desiertos; se quitaron todas las mesas, y una inmensa muchedumbre se apretujaba en torno del tea-

tro al aire libre. Rouletabille se subió en una silla en el momento en que del grupo de los estudiantes salían bravos tumultuosos. Annouchka saludó dirigiéndose a aquel lado, simulando no hacer caso del resto de la concurrencia, que todavía no osaba manifestarse. Cantaba antiguas coplas aldeanas arregladas al gusto del día, e interpolándolas con danzas. El "gusto del día" tenía una aceptación calurosísima, porque lo subrayaba con toda su alma y con una voz exquisita, ya acariciadora, ya imponente, ya magníficamente desesperada, que daba particular significación a palabras que escritas en el papel no habían llamado la atención de la censura. El "gusto del día" era, a no dudarlo, el "gusto de la revolución", del cual ni con mucho estaban curados a orillas del Neva. Lo que hacía la joven era muy atrevido; y de seguro no se le ocultaba su audacia, porque con extrema habilidad sabía hacer olvidar una frase peligrosa con una copla patriótica que al día siguiente todo el mundo aplaudiría sin reservas. Bien pronto todos los sufragios le fueron favorables, y obtuvo un triunfo colosal. Los estudiantes, los revolucionarios, los radicales y los cadetes aclamaban a la cantante, glorificando, no sólo su arte, sino también, y sobre todo, a la hermana del mecánico Volkouski, que había estado a punto de perecer con él bajo las balas del regimiento Semenewsky. Por su parte, los amigos de la corte no podían olvidar que ella fué quien en pleno Kremlin desvió el brazo de Constantino Kochkarof, encargado por el comité central revolucionario de aniquilar al gran duque Pedro Alexandrovitch en el momento en que se dirigía en su trineo a casa del gobernador. La bomba estalló diez pasos más allá, y uno de sus cascotes mató al asesino, el cual acaso antes de morir tuvo tiempo de oír a Annouchka, que le decía: "¡Desgraciado! ¡Te han ordenado matar al Príncipe; pero no asesinar a sus hijas!" En

efecto; Pedro Alexandrovitch llevaba en las rodillas a sus dos hijas, dos princesitas, de siete y ocho años de edad. La Corte quiso recompensar aquel acto heroico, y Annouchka cruzó el rostro al enviado del jefe de la policía, que le había hablado de dinero. En la Ermita de Moscovia, donde cantaba entonces, algunos de sus admiradores le advirtieron posibles represalias de parte de los revolucionarios, los cuales le notificaron inmediatamente que por su parte nada tenía que temer. Aprobaban el rasgo que había tenido, y le indicaron que contaban con ella para acabar con el Gran Duque un día *que estuviera solo*, lo que hizo reír mucho a la joven. Era una "niña terrible", a quien no se conocía ningún "amigo" que pasase por prudente y cuyo juego no fuera diáfano. En los gabinetes particulares se complacía en hacer estremecerse a los comensales. Un día lanzó en pleno rostro a uno de los más poderosos *tchinowicks* de Moscovia esta frase: "Viejo mío, eres presidente de tal *centena negra*. ¡Estás arreglado! Ayer fuiste condenado a muerte por los delegados del comité central de Presnia. ¡Puedes encomendarte a Dios!" El otro, que bebía champagne (de buena marca), no acabó el vaso: los *schelaviecks* se lo llevaron herido por una apoplejía. Cuando salvó a las grandes duquesas, la policía dió orden de dejarla hacer y decir. Tenía palabras terribles contra el Gobierno. Los que sonreían al oirlas y no pertenecían a la policía, desaparecían de la circulación, y ni sus mismos amigos se atrevían a preguntar por ellos: solamente se sospechaba que debían de trabajar en alguna parte, en las minas más allá de los montes Urales. En el momento de estallar la revolución, Annouchka tenía un hermano mecánico en la línea de Kazan-Moscovia. Este Volkouski era uno de los más resueltos trabajadores del comité de huelga. Estaba muy vigilado. Cuando estalló la revolución, realizó

en compañía de su hermana uno de esos hechos formidables que hacen pasar a los héroes a la memoria de la más remota posteridad. Una vez ejecutada la proeza, fueron apresados por los soldados de Trebassof, y ambos condenados a muerte. Volkouski fué ejecutado primero, y su hermana esperaba seguirle inmediatamente, cuando un oficial llegó al galope de su caballo para detener los fusiles. Informado el Czar, acababa de enviar por telégrafo la orden de indulto. Después de esta historia la joven desapareció. Se la creía haciendo una excursión, como tenía por costumbre, a través de Europa, cuyas lenguas hablaba todas como una verdadera bohemia. Y he aquí que en medio de su radiante gloria reaparecía en Krestowsky. Sin embargo, era indudable que no había olvidado a su hermano. Los maliciosos suponían que si el Gobierno y la policía mostraban cierta longanimidad, era porque tenían algún interés en ello. La vida libre de Annouchka les proporcionaba *más informes* que sus peregrinaciones ocultas. En este orden de ideas, los agentes de policía de categoría inferior que rodeaban al jefe de la *Okrana* de San Petersburgo, el famoso Gounsowski, sonreían con aire de estar en el secreto, y habían puesto a Annouchka el innoble apodo de *Atrapamoscas*.

Rouletabille debía de estar al tanto de todas estas particularidades concernientes a Annouchka, porque no le sorprendía la gran curiosidad y la intensa emoción que había despertado. Desde el sitio donde estaba no divisaba más que un pequeño rincón del escenario, y se empinaba para percibir a la cantante, cuando notó que le tiraban de la chaqueta. Se volvió. Era el jovial abogado, bien conocido por su formidable tenedor, Atanasio Georgevitch, acompañado del alegre consejero del Imperio, Iván Petrovitch, que le hacían señas de que bajase.

—¡Venid!—le decía.—¡Tenemos un palco!

Rouletabille no se hizo rogar, y bien pronto estuvo instalado en la primera fila de un palco desde donde simultáneamente podía ver el escenario y al público. En aquel momento bajaba el telón, terminada la primera parte del número de Annouchka. No tardó en sumarse a los amigos Tadeo Tchichnikof, el traficante en maderas, que venía de entre bastidores.

—He visto a la bella Onoto, que pasea sus medias—dijo el lituano riendo con mucha satisfacción.—Aquí por lo menos hay piernas: me daréis noticias de ellas. Pero la señora está furiosa con el triunfo de Annouchka.

—¿Quién te ha llevado al cuarto de la bella Onoto?—preguntó Atanasio.

—El propio Gounsovski, querido amigo. ¿No sabes que es un gran aficionado?

—¡Cómo! ¿Tú tratas a Gounsovski?

—¡Ya lo creo! Y os diré, amigos míos, que no es mal conocimiento. El año pasado me hizo un pequeño servicio en Bakou. ¡Buen conocimiento en tiempos de trastornos públicos!

—¿Trabajas ahora en petróleo?

—Un poco de todo. ¡Hay que ganarse la vida! Tengo un pozo allá. ¡No es gran cosa! Y además, una casita para mi pequeño comercio.

—¡Qué hormiguita es este Tadeo!—dijo Atanasio Georévitch, golpeándole en el muslo con su terrible puño.—Gounsovski habrá venido a vigilar por sí mismo el debut de Annouchka. ¿No es eso? ¡Sólo que el pícaro entra en el cuarto de la bella Onoto!

—¡Bah! ¿Crees tú que se apura? ¿A que no sabes con quién cena esta noche? Con Annouchka, amigo mío; y estamos invitados.

—¿Cómo así?—preguntó el alegre consejero del Imperio.

—Parece que Gounsovski es quien ha decidido al Ministro a permitir el número de Annouchka, afirmando que él respondía de todo; pero en recompensa ha exigido de Annouchka que consentiría en cenar con él la noche de su estreno.

—¿Y Annouchka ha consentido?

—Parece que era la condición. Además, se dice que Annouchka y Gounsovski se llevan bien. Gounsovski ha prestado a Annouchka muchos servicios. Se le supone enamorado.

—¡Tiene el aire de un vendedor de paraguas!—exclamó Atanasio Georévitch.

—¿Le has visto de cerca?—preguntó Iván.

—He cenado con él, y palabra de honor que no lo digo por alabarme.

—Eso me ha dicho—repuso Tadeo.—Cuando supo que estábamos juntos, me dijo: “¡Traedle: es un muchacho seductor, un tenedor formidable! Y que os acompañen también Iván Petrovitch y todos vuestros amigos. Cuantos más locos se juntan, más se ríe.”

—¡Ah! Si yo cené en su casa—gruñó Atanasio,—fué porque absolutamente quiso prestarme un servicio.

—¿Hace, pues, servicios a todo el mundo ese hombre?—preguntó Iván Petrovitch.

—Exactamente. ¡Palabra de honor! Y le va muy bien así—repuso Atanasio.—¿Cómo queréis que un jefe de la *Okrana* pueda subsistir si no hace favores a todo el mundo? A todo el mundo, amigos míos: creedme; y aun complaciéndose en ello. Es preciso que un jefe de *Okrana* esté bien con todo el mundo y su padre, como dice el jocoso La Fontaine (¡se conocen los autores!), si tiene apego a su destino. ¿Me habéis comprendido?

Atanasio se rió con toda la boca, encantado de su fino ingenio enteramente francés, y echó a Rouletabille una ojeada para observar si el joven había apreciado toda la sal de su conversación; pero Rouletabille estaba harto ocupado en descubrir allá abajo, en el fondo de un palco, un perfil muy rebozado en una mantilla de blonda negra a la española, para responder con una sonrisa consciente a la mímica de Atanasio.

—¡Vaya si sois niños! ¡Y bien niños! ¿Creéis que un jefe de la policía secreta—añadió el abogado—ha de ser un ogro? ¡Ca! ¡De ningún modo! En ese puesto de confianza hay que ser como un borrego. ¿Me entendéis? ¡Como un borrego! Y Gounsovski es dulce como un borrego. Una vez he cenado con él. ¡Es un borrego cargado de sebo! Tiene la cara hinchada por el sebo. Estoy seguro de que si le abrieran en canal, no se le encontraría más que sebo. Cuando se le estrecha la mano, se siente la impresión de tocar sebo. ¡Palabra! Y cuando come, tiemblan sus carrillotes de sebo. Y con todo eso, está calvo. Su cráneo es mantecoso. Habla suavemente, a la vez que mira con sus ojillos de cordero que pide teta.

—¡Ah, ah! ¡Es Natacha!—murmuró en aquel momento el repórter.

—¡Sí, exactamente! ¡Natacha es; Natacha en persona!—exclamó Iván Petrovitch, que se caló al áureo binóculo para ver mejor lo que miraba el joven periodista francés.—¡Ah! La pobre muchacha hace ya mucho tiempo que quería ver a su Annouchka.

—¡Cómo! ¿Es Natacha? ¡Ah, sí; es Natacha!—dijeron los otros.—Está con los padres de Boris Mourazof.

—Pero Boris no está—dijo sonriendo Tadeo Tchichnikof.

—No andaré muy lejos. Si estuviera ahí, ya hubiéramos visto a Miguel Korsakof. Se vigilan mutuamente.

—¿Cómo se habrá separado del General? Había dicho que no volvería a salir de casa.

—Excepto para ver a Annouchka—replicó Iván.—Tenía tanto empeño en verla, que en mi presencia le valió una reprensión de Feodoro Feodorovitch y ásperas amonestaciones de Matrena Petrovna. Pero lo que las muchachas quieren, Dios lo quiere. ¡Así sea!

—A la verdad—dijo Atanasio,—Iván Petrovitch tiene razón. Desde que leyó que Annouchka debutaría en Krestowsky, no tenía otro pensamiento. Decía que no moriría sin haber visto a esa gran artista.

—Y por poco la pega su padre—añadió Iván,—y hubiera hecho bien. Debe de haber arreglado la escapatoria con Boris y sus padres.

—¡Oh! De seguro, Feodoro ignora que su hija ha venido a aplaudir a la heroína de la estación de Kazan. Verdaderamente, amigos míos—volvió a decir Atanasio,—eso es una desvergüenza.

—Preciso es decir—replicó Tadeo—que Natacha es estudianta; una verdadera estudianta. Ahora hay desgracias de esa índole en todas las familias. A propósito de lo que hace un momento decía Iván, recuerdo que delante de mí rogó un día a Miguel Korsakof que le avisara el día que cantase Annouchka. Mejor dicho, le dijo que quería hablar con esa artista, si fuera posible. Miguel la reprendió en mi presencia; pero, lo mismo que los demás, no sabe rehusarle nada. Está en mejor situación que cualquiera otro para poner a Annouchka en relación con un amigo, pues no hay que olvidar que él fué quien llegó tan a tiempo para libertar a esa endiablada mujer llevándole el indul-

to, y seguramente que la joven no lo habrá olvidado, si es que tiene apego a la vida.

—Quien conozca a Miguel Nikolaievitch, sabe que en aquel caso se limitó a cumplir con su deber—dijo doctoralmente Atanasio Georgevitch.—No hubiera dado un paso más por salvar a Annouschka. Y ahora no comprometería su carrera entrando en casa de una mujer en quien tienen fijos los ojos los agentes de Gounsovski, y que no en balde ha sido apodada *Atrapa-moscas*.

—¡Cuidado, que nosotros vamos a ir a cenar esta noche a casa de Annouschka!—dijo Iván.

—No es lo mismo. Nosotros hemos sido invitados por Gounsovski. No lo olvidemos, por si algún día se comentara el hecho—dijo Tadeo.

—A la verdad, Tadeo, acepto la invitación del honorable jefe de nuestra admirable *Okrana*, porque no quiero desairarle. Yo ya he cenado en su casa, y volviendo a sentarme a la mesa frente a él, es como si correspondiera a su fineza. ¿Qué dices a esto?

—Ya que has cenado en su casa, dinos qué clase de hombre es, aparte el sebo—preguntó el curiosísimo consejero del Imperio.—¡Se han dicho de él tantas cosas, tantas! Verdaderamente, es un hombre con quien más vale estar bien que mal. Yo también acepto su invitación. ¿Cómo rehusarla?

—Yo—agregó el abogado—no le conocía cuando quiso prestarme un servicio. Nunca había hablado con él. Un agente de la policía secreta vino a invitarme a cenar por orden suya, o a lo menos creí comprender que cometería un error rehusando aquella invitación, como tú has dicho, Iván Petrovitch. Yendo a su casa, creía entrar en un castillo. ¡Ah! ¡Era la casa de un vendedor de paraguas! Había paraguas y chanclos por todas partes en la antesa-

la. Verdad es que aquel día diluviaba. Lo que me sorprendió fué que en el vestíbulo no había un gendarme armado con un buen revólver. Lo que había era un *schwitzer* muy tímido, que me cogió el paraguas, me llamó "barine" repetidas veces, y me prodigó las reverencias. Me hizo atravesar varias piezas que no estaban guardadas por gente de armas, hasta llegar a una habitación de burgués tranquilo y bien acomodado. Cenamos con Mme. Gounsovski, que también parecía saturada de sebo, y tres o cuatro señores a quienes nunca había visto en parte alguna. Nos sirvió un solo criado. ¡Palabra! A los postres, Gounsovski me llevó aparte, y me dijo que verdaderamente hacía muy mal en *informar como lo hacía*. Quise que se explicara más claramente; pero me cogió una mano entre las suyas de sebo, y repitió: "¡No, no; no hay que *informar así!*" No pude sacarle otra cosa. Pero en realidad había comprendido; y a fe mía que desde aquel día prescindí de ciertos alardes inútiles en mis informes, que me habían creado en los periódicos alguna reputación de hombre despreocupado. Aquello no era propio de mi edad. ¡Ah! ¡Qué excelente Gounsovski! Mientras tomábamos café, hube de preguntarle si no le parecía que el país atravesaba tiempos muy azarosos. Me respondió que, en efecto, había tenido *alguna tarea* (repito sus propias palabras), y que con impaciencia esperaba el mes de Mayo para ir a descansar en una modesta casita rodeada de un pequeño jardín que posee en los alrededores de Asnieres, cerca de París. ¡Ah! ¡Cómo nos réimos aquellos caballeros desconocidos y yo cuando dijo con sus labios de sebo: *he tenido un poco de tarea!* Pero él permaneció como cuajado en su grasa. Cuando se habló de su casa de campo, Mme. Gounsovski suspiró, evocando una próxima felicidad campestre. El recuerdo del mes de Mayo hacía brotar lágrimas de sus ojos. Ma-

rido y mujer se miraron entonces con verdadero enternecimiento. Ni por un momento pareció que pensaban: mañana o pasado, antes de que llegue esa felicidad campesina, quizás nos hayan despanzurrado. No. ¡Palabra! Estaban seguros de sus vacaciones, y nada parecía inquietarlos en su sebácea plasticidad. Gounsovski ha prestado tantos servicios, que nadie puede querer mal a un hombre tan estimable. Además, ¿habéis notado, amigos míos, que nunca se hace daño a los jefes de policía secreta? ¡Nunca! Se hace volar a los jefes de policía, a los prefectos de policía, a los ministros, a los grandes duques, y aun se dirigen los ataques más arriba; pero nunca, nunca a los jefes de la policía secreta, que pueden pasear tranquilamente por todas las calles o por los bastidores de Krestowski, o respirar en paz el aire de las campiñas suizas o finlandesas, y hasta de la llanura parisiense. *Aquí y allá, en casa de unos y de otros*, han prestado tantos servicios, que *aquí y allá unos y otros* no se resolverían a causarles el menor daño. *Y los unos creen siempre que los otros no han sido tan bien servidos como ellos*. Todo el secreto consiste en eso, amigos míos. ¿Qué decís?

Los otros dijeron:

—¡Ah! ¡Ese bueno de Gounsovski! ¡La conoce, la conoce! A fe mía, aceptemos su invitación. A Annouchka pueden dársele bromas.

—Caballeros—preguntó Rouletabille, que seguía haciendo descubrimientos en la concurrencia,—¿conocéis a aquel oficial que está sentado allá abajo, al extremo de las butacas de la orquesta? ¡A aquél que se levanta ahora!

—¡Hombre! ¡Si es el príncipe Galitch, que fué uno de los más ricos señores de la Tierra Negra! Hoy está casi arruinado.

—Gracias, señores. ¡Es verdad! ¡Le conozco!—dijo Rouletabille, sentándose y dominando su emoción.

—Se dice que es gran admirador de Annouchka—insinuó Tadeo.—Ahora mismo salía de su cuarto.

—El Príncipe se ha arruinado con las mujeres—añadió Atanasio Georgevitch, que presumía no ignorar cosa alguna de la crónica galante del Imperio.

—También ha estrechado la mano de Gounsovski—continuó Tadeo.

—Sin embargo, pasa en la corte por una mala cabeza. En otro tiempo residió una larga temporada en casa de Tolstoi.

—¡Bah! ¡Gounsovski también habrá prestado a ese imprudente Príncipe algún señaladísimo servicio!—concluyó Atanasio.—Pero tú mismo, Tadeo, no nos has dicho lo que hiciste por Gounsovski en Bakou (Rouletabille no perdía palabra de lo que decían en torno suyo, pero no estaba menos atento a observar con el rabillo del ojo la mantilla negra a la española y a aquel Príncipe, su enemigo personal (1), que, a su juicio, reaparecía en un momento muy crítico).

—Volvía yo en *drojki* de Balakani—continuó Tadeo Tchitchikoff,—y entraba en Bakou después de ver los restos de mi pozo petrolífero incendiado por los tártaros, cuando encontré en el camino a Gounsovski, que con dos amigos suyos se hallaba muy apenado por haberse roto una rueda de su calesa. Me detuve, y entonces me explicó que su cochero era tártaro, y que habiéndose tropezado en el camino con un armenio, no encontró mejor arbitrio que lanzar sobre él a toda marcha el vehículo. Pasó por encima de él, y le había destrozado los riñones; pero también inutilizó

(1) Véase *El perfume de la dama negra*.

una rueda del coche. (Estremeci6se Rouletabille, porque acababa de sorprender una mirada de inteligencia entre el prncipe Galitch y Natacha, inclinada sobre el antepecho del palco.) As, pues, ofreci mi auxilio a Gounsovski, y todos juntos regresamos a Bakou, luego que Gounsovski, que, como dice Atanasio Georgevitch, no pierde ocasi6n de hacer favores, hubo recomendado a su cochero t6rtaro que no rematase al armenio. (En el momento en que la orquesta preludiaba el nuevo n6mero de Annouchka, el prncipe de Galitch aprovech6 la ocasi6n de hallarse fijos todos los ojos en el escenario, para levantarse y pasar cerca de la localidad de Natacha. Esta vez no la mir6; pero Rouletabille estaba persuadido de que sus labios no permanecieron mudos.)

Tadeo continu6:

—He de deciros que en Bakou mi casita es una de las primeras antes de llegar al muelle. All, tengo algunos empleados armenios. ¿Y qu6 es lo que veo al llegar a mi casa? ¡Una tropa armada con un cañ6n! S, un cañ6n, ¡palabra de honor!, asestado contra mi hacienda, varios oficiales y un *pristaf*, que decia tranquilamente: “¡Atenci6n! ¡Fuego!” (Rouletabille acababa de hacer uno, dos, tres descubrimientos. En primer lugar, detr6s del asiento de Natacha se destacaba una figura que no le era desconocida al joven rep6rter, y all, en las butacas de orquesta, algo detr6s del palco, reconoci6 a dos personajes con quienes se haba cruzado aquella misma mañana en los pasillos de Kuprian. ¡Lo que es ser buen fisonomista! Rouletabille sabia ya que aquella noche no era el 6nico que vigilaba a Natacha.) Al oir la orden del *pristaf*—termin6 apresuradamente Tadeo,—ya comprender6is cu6n aprisa saltar6 del *drojki*. Corri al comisario de policia, que no fu6 muy prolijo en explicarme el asunto, y tampoco fui yo tardo en comprenderlo. Du-

rante mi ausencia, uno de mis empleados armenios haba disparado sobre un t6rtaro que pasaba por all, y lo haba muerto. Informado el gobernador, orden6 al *pristaf* que cañoneara mi casa, como ya se haba hecho con algunas otras. Precipitadamente volvi al coche, donde a6n permanecia Gounsovski, y en dos palabras le dije lo que pasaba. Respondi6 que no podia intervenir en aquella enojosa historia, y que me era preciso entenderme con el *pristaf*. “Dadle una buena propina, cien rublos—me indic6,—y dejar6 tranquila vuestra casa.” Acud, pues, al *pristaf*, y le llam6 aparte. Aquel hombre me respondi6 que bien quisiera complacerme, pero que tenia orden terminante de cañonear el edificio. Llev6 esta respuesta a Gounsovski, el cual me dijo: “Rogadle que d6 media vuelta a la cureña, y que cañonee la casa del farmac6utico de enfrente: siempre podr6 alegar que se ha equivocado. Yo ver6 esta noche al gobernador.” Volvi al lado del *pristaf*, que desvi6 su artilleria: ametrall6, pues, la casa del farmac6utico, y yo fui quito por cien rublos. Aunque ese querido Gounsovski es harto seboso y parece un vendedor de paraguas, le estoy agradecido en el fondo de mi coraz6n. Ya comprendes, Atanasio Georgevitch (1).

—¿Qu6 reputaci6n tiene en la corte el prncipe de Galitch?—pregunt6 de pronto Rouletabille.

—¡Oh!—respondieron los otros riendo.—¡Desde que ostensiblemente estuvo en casa de Tolstoi, no ha vuelto a la corte!

—Y sus opiniones, ¿cu6les son?

—¡Ah! ¡Las opiniones de todo el mundo est6n ahora tan embrolladas! ¡No s6, no s6 cu6les ser6n!

Iv6n Petrovitch añadi6:

(1) Incidentes hist6ricos de las matanzas de Bakou, presenciadas por el autor.